

LA CHICA DE LA VENTANI-
LLA NÚMERO CUATRO Y
OTROS RELATOS

RAFAEL EDUARDO
AMADOR BARRIOS

LA CHICA DE LA VENTANI-
LLA NÚMERO CUATRO Y
OTROS RELATOS

Diseño de cubierta: Rafael Eduardo Amador
Barrios

amadorbarrios@gmail.com

amadorbarrios@yahoo.es

LA CHICA DE LA VENTANILLA NÚMERO
CUATRO Y OTROS RELATOS

Copyright © 2021.

RAFAEL EDUARDO AMADOR BARRIOS

Todos los derechos reservados

ACERCA DEL AUTOR

Rafael Eduardo Amador Barrios (1957) nació en San José del Peñón, territorio que pertenece al municipio de San Juan Nepomuceno, en el departamento de Bolívar, República de Colombia, América del Sur.

San Juan Nepomuceno es un territorio enclavado en la Sub-Región de los Montes de María, que además forma parte del sistema orográfico de la Serranía de San Jacinto. Es un territorio cálido en el día. Por las noches, lo invade el frescor que viene de las montañas.

Por decisiones familiares, desde muy niño se trasladó con sus padres a Cartagena de Indias, donde fijaron residencia definitiva, y lugar donde ha vivido por cinco décadas.

De modo que, parodiando la canción, en Cartagena se hizo libre.

Luego de terminar los estudios secundarios, se dedicó a trabajar en diversos sectores, aplazando la posibilidad de ingresar a la universidad y hacerse profesional, como se esperaba en esos tiempos “de un muchacho decente”, al decir de sus padres.

Fue en el año de 1983 cuando ingresaría a la Facultad de Derecho de la Universidad de Cartagena, culminando sus estudios reglamentarios, cinco años después.

En Cartagena, ha sido servidor público al servicio de la Rama Judicial, Asesor Jurídico en el Distrito de Cartagena, Asesor legal en el vecino municipio de Villanueva (Bolívar), Docente Universitario, Consultor Privado en temas Legales y Abogado Litigante en los últimos veinticinco años.

EL POR QUÉ DE ESTE LIBRO

Contar historias es una aventura que seduce. Hace parte de nuestra propia naturaleza humana.

Contamos historias para la vida y por el solo hecho de vivir. Contamos historias para aprender pero también para enseñar. Para darle gusto a la imaginación, para crear y para expresar, para exteriorizar nuestro propio yo.

La tarea comienza con una o dos historias que se comparten con aquellas personas que se sienten más cercanas, quienes a su vez brindan apoyo y entusiasmo para seguir contando. A partir de allí, se crea una especie de adicción que acompañará al «contador de historias» a lo largo de su vida.

La Universidad es un obligado laboratorio de experiencias disímiles

para los jóvenes que ingresan a ella, si se considera que de entrada les marca los diferentes caminos que en su interior se pueden transitar.

Allí el joven examina esos caminos, que pasan por variadas manifestaciones más allá de los diferentes planes de estudio de las carreras profesionales ofrecidas. Esos caminos transitan en predios del arte en sus diversas modalidades, de la política, del servicio social, etc.

Fue, entonces, en la época universitaria donde el autor sintió inclinación a “contar historias”, pero que solo llegaban a ser compartidas por su círculo más cercano de compañeros universitarios.

Sin embargo, el pensum de la carrera de Derecho parece que ocupó todo su tiempo, y esa inclinación literaria se fue quedando postergada para otro momento más propicio, sin que llegara a perderse del todo.